

+ LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y EL FUTURO DE LAS EMPRESAS MULTINACIONALES

René Báez

A esta altura del siglo el rasgo más característico de la economía internacional constituye, sin duda, la crisis del sistema capitalista. El centro de gravedad de esta crisis se localiza inequívocamente en la economía estadounidense y, por lo mismo, cualquier intento de explicación de ese fenómeno requiere de una revisión —aunque sea somera— de la evolución de la economía norteamericana en los últimos tiempos.

Brevemente se pueden anotar los siguientes hitos de esa evolución.

Hasta la Primera Guerra Mundial, Inglaterra mantenía la condición de centro hegemónico indiscutido en la economía mundial, posición fundada en su vasto imperio colonial, el liderazgo internacional de su industria y su control comercial y financiero virtualmente de todos los continentes. Después de la Primera Guerra esa situación da un notable giro, pues no obstante que Inglaterra estuvo en el lado de los vencedores su poderío habría de experimentar un fuerte desgaste, marcado simultáneamente por el ascenso y consolidación de los Estados Unidos.

La emergencia estadounidense a un primer plano de la economía política internacional tuvo su fundamento en las operaciones y beneficios de las empresas norteamericanas con artí-

**/ Tomado de la Revista "Desarrollo Indoamericano".*

culos vinculados a la guerra y al consumo civil, que permitieron a ese país vigorizar su situación financiera y efectuar recompras de valores fiduciarios en poder de inversionistas extranjeros, eliminando en esta forma el drenaje de divisas por concepto de intereses y dividendos.

Ya hacia finales de la II Guerra —en 1945— el poderío económico-financiero estadounidense tendrá su correspondiente consagración con la creación del Fondo Monetario Internacional y el establecimiento del patrón de cambio oro, sistema por el cual el dólar se erige en el monarca de las finanzas internacionales.

Esta constelación de factores a la cual se tiene que agregar las políticas de reconstitución del capitalismo —caso del Plan Marshall para Europa y el Punto IV para las zonas atrasadas del planeta— así como la ausencia de competidores para la industria norteamericana y la formidable expansión de las fuerzas productivas que desencadenara la electrónica (transistor, computadoras), explican el largo ciclo de prosperidad de la economía estadounidense en la segunda postguerra, el mismo que culmina con el “boom” Kennedy-Johnson de los años 60, que se sustentara en las colosales demandas de armamento especialmente para la guerra en Vietnam así como en la aplicación de las fórmulas keynesianas del déficit presupuestario, el impulso a las construcciones y servicios, la reducción de impuestos a las empresas y consumidores, etc.

Expuesto en otras palabras, la contradicción básica del capitalismo consistente en el carácter social de la actividad productiva y la apropiación privada de los frutos del trabajo colectivo, contradicción que se refleja en la tendencia crónica a la caída de la demanda, en la aludida fase de expansión de la economía norteamericana se buscó, y en alta medida, se logró enjugar con los señalados dispositivos keynesianos.

Sin embargo, al transcurrir el tiempo y a consecuencia de las aventuras bélicas estadounidenses y la recuperación de la industria europea y japonesa, el largo ciclo de bonanza yanqui se inició en un proceso de agotamiento y regresión.

Hacia 1968, las notables caídas de los índices de producción y empleo, el agudizamiento de la inflación y los desequilibrios en la balanza de pagos mostraban claramente el final de la formidable expansión norteamericana en la post-guerra. El deterioro de la coyuntura económica norteamericana (reflejo del debilitamiento general del sistema capitalista) tendrá sus momentos culminantes en las devaluaciones del dólar de diciembre de 1971 y febrero de 1973, y, poco después, en la crisis energética que detonara el conflicto árabe-israelí.

Así pues, la actual crisis del capitalismo que lacónicamente hemos reseñado a través del comportamiento de la economía norteamericana, revela una multiplicidad de problemas y situaciones, aunque en un intento de definición teórica habría que señalar que conjuga los conocidos problemas estructurales de sobreproducción e insuficiencia de demanda efectiva, con una serie de obstáculos emergentes —con tendencia a convertirse en estructurales— como la descomposición del sistema monetario internacional, la mencionada crisis de los energéticos, la crisis de las materias primas, la inflación a escala global, la contaminación del medio ambiente, entre otros. El cuadro aparece tanto más conflictivo para el capitalismo a la luz de su confrontación con el sistema socialista, cuya exitosa construcción abarca zonas cada vez más extensas del planeta.

La crisis del capitalismo es inocultable. La cumbre de Londres, realizada en mayo de 1977 y que congregó a las siete principales potencias occidentales —Estados Unidos, Alemania Federal, Japón, Francia, Inglaterra, Italia y Canadá— ha verificado esa situación, y en su resolución final de no reactivar la economía internacional —no obstante los elevados índices de desempleo y pobreza en los propios niveles metropolitanos— ha reconocido la debilidad histórica del capitalismo y el imperialismo para resolver en forma armónica y global el problema del crecimiento económico. Asimismo, el programa energético propuesto por Carter, antes que ningún optimismo en la dinámica del capitalismo, constituye un reconocimiento de las desastrosas consecuencias de un estilo de funcionamiento social

fundado en el culto al consumo y la irracional utilización de los recursos naturales.

Los problemas y deformaciones señalados no constituyen, sin embargo, razón suficiente para vaticinar el derrumbe de la civilización capitalista en un futuro previsible. Y esto porque, aparte que un régimen económico-social ni se crea ni se destruye en términos de unos cuantos años, el capitalismo se ha caracterizado precisamente por su inmensa capacidad de adaptación a las renovadas condiciones de la economía y política mundial.

Estas cualidades del capitalismo han comenzado a manifestarse nuevamente como respuesta a sus dificultades intrínsecas de funcionamiento y al desafío civilizatorio que le plantea el continuo crecimiento del campo socialista.

Efectivamente, un conjunto de cambios y reordenamientos inducidos por la política de las principales potencias imperialistas y los conglomerados transnacionales estarían orientándose a la revitalización y sobrevivencia del capitalismo mundial.

A esta realidad aluden algunos ajustes actualmente en curso del sistema capitalista. Entre éstos vale destacar:

LA NUEVA ARTICULACION DEL PODER CAPITALISTA

Se refiere a un proceso mediante el cual, aún preservándose la hegemonía estadounidense, se están incorporando Europa Occidental (especialmente Alemania Federal) y Japón a un primer plano de la economía y política mundial. Este fenómeno responde al propio desarrollo contradictorio del capitalismo, pues no se tiene que olvidar que tal emergencia europea y japonesa se apoyó en buena medida en la expansión de los monopolios de base norteamericana.

Como quiera que sea, la nueva integración del poder imperialista es una incontestable realidad de nuestros días y que, incluso, ha sido consagrada en términos formales. Tal es el significado de la ahora famosa Comisión Trilateral, un organismo

creado en 1973 por sugerencia de David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank (la matriz del grupo financiero más poderoso del mundo), a propósito de diseñar y aplicar una estrategia de largo plazo del occidente capitalista. La Trilateral agrupa a unos doscientos prominentes políticos y hombres de negocios de los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, entre los cuales destacan Carter, el vicepresidente Mondale y cuatro miembros más del actual gabinete norteamericano; Raymond Barre, el primer ministro Francés; Trudeau, el primer ministro de Canadá; los presidente del Banco de América, Coca-Cola, Exxon, entre otros.

La idea básica para la constitución de esa instancia superior del imperialismo habría sido, aparte de la unificación y coordinación de la política de las potencias occidentales, la de resolver los conflictos y rivalidades intercapitalistas.

A nivel más específico los objetivos de la Comisión Trilateral serían: “. . . (buscar las) relaciones económicas máximas con el mundo comunista, mediante el mantenimiento de una fuerza defensiva firme y altos niveles de gasto por concepto de armas, asegurando los recursos y particularmente el abastecimiento energético; la integración de la moneda árabe con las necesidades del capital occidental; la reducción de las barreras comerciales que garantice una máxima libertad para el movimiento de capitales, reformando las instituciones internacionales y robusteciendo la autoridad gubernamental. . .”¹

La alianza trilateral constituye seguramente la fuerza más poderosa del cuadro internacional contemporáneo. Sin embargo, las expectativas poco promisorias sobre el crecimiento de la economía capitalista en su conjunto, la imposibilidad de eliminar la competencia intermonopólica, así como las diferencias de productividad entre naciones de ese mismo bloque (que estarían conduciendo a la proletarización incluso de algunos núcleos secundarios del imperialismo, casos de Inglaterra e Italia), estarían destinadas a marcar en plazo no previsible los límites del trilateralismo como expresión de lo que algún comen-

1/ *El Día de México*, 14 de septiembre de 1976.

tarista político denominara “el capitalismo global y oligárquico”.

LA TRANSNACIONALIZACION DE LA PRODUCCION

Seguramente este fenómeno constituye la realidad más característica de la economía mundial en la segunda post-guerra y se manifiesta en la formidable expansión de las operaciones de los monopolios —especialmente estadounidenses— en el exterior. A ese período corresponde un crecimiento de las empresas monopolistas a ritmos muy superiores al de los países considerados individualmente, incluso a los de expansión más dinámica.

La fuerza fundamental del proceso expansivo de las firmas multinacionales se tiene que localizar en la revolución científico-técnica del hemisferio norte en la llamada “norteamericanización” de la economía mundial y en los acelerados procesos de acumulación y centralización de capital en los niveles centrales del sistema.

Así mismo, un factor coadyuvante del espectacular crecimiento de las transnacionales ha sido el desarrollo del capitalismo de estado, el mismo que corresponde a la imbricación de un mecanismo único de los intereses de los gigantes monopolios y el estado capitalista. Esta fórmula del capitalismo de estado ha permitido a los consorcios monopolistas disponer a bajo costo de los servicios básicos (energía, construcciones de infraestructura), sostener e incrementar la demanda, asegurar fondos para investigación y desarrollo, garantizar la repatriación de las inversiones, preservar un clima de tranquilidad laboral.

A estos factores “externos” se tiene que añadir los poderosos instrumentos a disposición de los propios monopolios: enorme capacidad financiera, control de la tecnología, bajos costos de fabricación, manipulación de los precios y dominio de las técnicas administrativas y de marketing.

Algunos datos sobre los conglomerados transnacionales

ilustran sobre su importancia y creciente gravitación en la economía mundial. Ya en la década pasada, en su polémico libro "El Desafío Americano" Servan Schreiber señalaba a las corporaciones norteamericanas en el exterior como la tercera potencia mundial, después de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Actualmente la Exxon (ex-Standard Oil) realiza un nivel de operaciones comparable al PIB de Brasil, México o Argentina. La crisis energética de 1974 reveló que incluso países como Estados Unidos eran vulnerables a las prácticas de las transnacionales. Según proyecciones de Howard Perlmutter hacia 1985 unas 300 corporaciones transnacionales controlarán el 80 por ciento de la producción del mundo occidental.

Una ilustración interesante del rol actual de las multinacionales se extrae de un estudio del economista brasileño Martins, según el cual:

"187 empresas controlan, a través de 10.000 subsidiarias en todo el mundo el 80 por ciento de toda la inversión externa norteamericana, lo cual quiere decir que un número muy reducido de gentes toman las decisiones y sin ninguna legitimación, están en condiciones de imponer —desde una oficina de Nueva York, las Bahamas o Luxemburgo— los términos de producción, tasas de incremento, políticas de exportación, patrones de consumo, disposiciones financieras, etc., que pueden influir de manera considerable en las *economías nacionales* y en los estilos de vida de gran número de países".²

El reordenamiento del sistema capitalista vía supermonopolización de la economía internacional eventualmente le proveerá de una mayor coherencia en un momento de impresionante desarrollo de las fuerzas productivas.

2/ Luciano Martins, "La política de las corporaciones multinacionales norteamericanas en América Latina", en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, No. 72, abril-junio de 1973, p. 40.

Según Vuskovic, esta tendencia buscaría:

“... perfeccionar al máximo (la) propia articulación del capitalismo... organizándose de modo (que sea posible) disponer planificadamente de recursos, desarrollos tecnológicos, distribución de producciones y mercado, etc. En otras palabras, un proceso llevado hasta los límites extremos de monopolización y oligopolización a nivel mundial, como mecanismo de defensa y de mantenimiento del proceso de acumulación. De allí la fuerza de las grandes corporaciones transnacionales, llamadas a dominar cada vez más el escenario de la economía capitalista mundial, como expresión de ese proceso y como modo necesario de su reorganización”.³

Resultaría ingenuo pensar que el espectacular crecimiento de los conglomerados no derive como consecuencia natural en un incremento de su rol e influencia política. Y no es solo que los hechos diarios confirman esta circunstancia, sino que parece estar en curso una tendencia por la cual los gobiernos metropolitanos estarían cada vez más dispuestos a compartir y legitimar responsabilidades con las empresas multinacionales, conforme aconteciera en el caso Estados Unidos-ITT-Chile.

Este proceso se estaría reforzando como resultante de la creciente privatización de los llamados programas de asistencia externa, especialmente en el rubro de préstamos a países deficitarios.

Estas situaciones y políticas perfilan un futuro sombrío para las zonas subdesarrolladas. Este pronóstico se sustenta en las incontrastables circunstancias de que:

“(Los) términos de inserción (de los países periféricos) en la economía capitalista mundial han hecho ya crisis: no los tipifica una división del trabajo, superada por la expansión

3/ Pedro Vuskovic, “Economía mundial: el horizonte previsible”, en *El Economista Mexicano*, No. 2, junio de 1976, p. 56.

de la producción primaria de los grandes centros; la industrialización sustitutiva, bajo las modalidades que la han dominado, ha demostrado que no atenúa sino que profundiza su dependencia; la llamada cooperación financiera internacional ha desembocado en una espiral de endeudamiento que impone altos precios económicos y políticos. . .; asisten inermes a un proceso que los margina cada día más del progreso mundial, de su participación ya sea en el ingreso o en las corrientes del comercio internacional. . .”⁴

El caso de América Latina es patéticamente demostrativo de la crisis y la consiguiente vulnerabilidad económica y política. Frustrados los intentos de industrialización bajo control de las burguesías locales y con una deuda externa de alrededor de 70 mil millones de dólares, la capacidad negociadora regional ha descendido verticalmente.

En estas condiciones la mayor coordinación entre estados metropolitanos y consorcios transnacionales estaría llamada a complementarse con una creciente subordinación consentida de las fracciones dominantes-dominadas de América Latina y el Tercer Mundo en general. Tal parece constituirá en un futuro conjeturable el mecanismo a través del cual los consorcios internacionales adelanten sus proyectos de modernización refleja y aparente de las zonas subdesarrolladas.

En el nivel productivo el fundamento de este modelo de articulación y dominación política estaría constituido por la progresiva localización de las inversiones de los conglomerados globales en el sector manufacturero, tanto para complementar procesos productivos que requieren abundante mano de obra, constituyendo los llamados “emporios” industriales —casos del norte de México, Hong Kong o Formosa— como para la fabricación de partes a incorporarse a productos finales complejos en las metrópolis, conforme ejemplifica la fabricación de piezas para la electrónica en Brasil.

4/ *Ibid.*, p. 60.

Estas políticas de producción permitirían identificar tendencias hacia una nueva división del trabajo y especialización productiva determinadas directamente por los consorcios multinacionales. El carácter excluyente de este tipo de estructuración económica coincidiría o, mejor, impondría el establecimiento y/o extensión de regímenes autoritarios —aunque sea con fachadas constitucionales, conforme ilustra el propio caso del Brasil. A lo que demuestra la historia reciente de este tipo de regímenes es el más compatible con la estructura y funcionamiento centralizados de las corporaciones multinacionales.

No obstante lo expuesto, y en la medida que el capitalismo transnacional está llamado a preservar su carácter de formación contradictoria y sus leyes de crecimiento desequilibrado e inarmónico, manifestará necesariamente su impotencia para resolver los conflictos económicos y sociales incluso en sus instancias centrales.

En esta perspectiva, se puede afirmar que los agudos problemas neocoloniales que extiende y agrava el capitalismo en su fase supermonopólica, sólo podrán encontrar canales de resolución en la lucha de los sectores populares por reivindicar sus bases nacionales e internacionales de decisión y avanzar en proyectos económicos autónomos —aunque necesariamente interdependientes— basados en una redefinición de las pautas tecnológicas y de consumo impuestas por los conglomerados.